

# HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

## LAS PATAS

*Prisión de Tammerlane.*

*25 de Enero del 2000.*

*Trabajo de redacción presentado por Alberto Fiennes.*

Las cosas se fueron quebrando muy de a poco...

A medida que pasaban los días, descubría que había menos magia, más distanciamiento y muchos, muchísimos problemas.

Los culpables?

Los padres de mi novia.

Permítanme presentarme: mi nombre es Alberto, de 19 años de edad.

Les voy a contar es sobre mi relación con ella, o más bien el final de la relación, que como dije fue gracias a las trabas que sus padres pusieron en el camino.

Los diálogos que mantuve con ella acerca de todo esto, me demostraban una sola cosa: ellos no querían que fuese la pareja de su hija de 14 años.

Las causas?

Me tildaban que de tener pensamientos más “maduros” (léase “cama”) gracias a la diferencia de edad, y que por ser artista (escribo) llevaría mi vida y la de ella a la miseria y perdición. Seguramente esperaban un novio trabajador de oficina, pero yo no les daba el brazo a torcer: cada uno tiene su personalidad y forma de actuar en la vida.

Entonces le preguntaba a mi chica si no luchaba por darme la razón, pero caía en cuenta que los padres estaban enceguecidos, y le hacían la vida imposible.

Para la última etapa, comencé a notar las intenciones de Jimena de dejarme por miedo a perder para siempre la unión familiar.

Entonces, me volvía deshecho, solo, llorando y pensando en salidas inservibles. La llamaba y hablábamos minutos, le pedía de salir el fin de semana y me decía que no la dejaban.

Para dispersarme, salía solo o con amigos, cualquier día a emborracharme, para terminar pensar demasiado. O simplemente, me

quedaba encerrado en casa, escribiendo cuentos... anécdotas tristes como estas.

En un último tramo, llegué a buscar una salida o una salvación, barajando la posibilidad de quitarme la vida.

Era tanto el amor que le tenía, que el hecho de estar separados me estaba acabando con las neuronas, y toda perspectiva de vida.

Hasta que llegó el día del llamado definitivo, cuando ella me pidió de vernos en esa tarde de domingo.

La plaza.

Yo.

Ella caminando hacia mí.

Frente a mí...

Su ojo estaba morado. Hubo una explicación: su padre la había golpeado tras pedirle que deje que abandone la relación.

Su ojo desencadenó el final de nosotros dos.

Le rogué que aguante. Lloré... le lloré.

"No", me decía. "Es el final", continuaba.

"Voy y les hablo", insistí. "Lo arreglo, lo discuto", continué.

"No", me decía.

Quise besarla, pero no quiso. Dijo que lo mejor era dejarlo ahí para no sufrir más.

Y se alejó. Se me fue.

Me quedé en el banco, sentado frente a una tarde de sol, en una plaza de padres, de chicos. Y lloré con la amargura que nunca acabaría.

Sin darme cuenta, la noche me sorprendió en el mismo lugar. Alcé la mirada al cielo, completamente negro y estrellado, con mis ojos hinchados de tanto derramar sal, y pensé en su rostro angelical, sus besos y caricias. Pero nuestro amor estaba quebrado.

Los culpables?

Los padres de mi ex - novia.

No. No debía pensar en ella como mi "ex", no tenía por qué perderla de esa forma, así nomás.

No por ellos.

Caminé ligero y alterado hasta su casa.

Presioné el timbre y la voz del padre preguntó quién era.

"Alberto", dije, y me abrió la puerta.

Mi saludo fue un golpe directo a la cara.

Lo volteé, entré y cerré la puerta.

Me senté sobre él y pedí un "por qué".

Me miró sorprendido y no por mucho tiempo... Comencé a golpearlo una y otra vez en la cara.

Sangró.

De repente apareció la madre.

Me puse de pie y corrí hasta ella. De una patada en el estómago la tumbé al suelo.

Miré hacia atrás y el padre se puso de pie.

Tomé un pesado cenicero de metal de la mesita a mi alcance, y se lo lancé directo a la frente. Lo volví a tumbar con una herida bastante seria.

Regresé a la madre, me senté sobre ella. Pedí un “por qué”. No me lo dio.

La tomé de los pelos y comencé a golpearle la cabeza contra el suelo, una y otra y otra y otra y otra y otra y otra y otra vez.

Sangró. Sangró. Sangró.

Murió.

Caminé hasta el padre. Tomé el cenicero que estaba junto a él y se lo deposité con fuerza varias veces sobre su herida.

Una y otra vez. Una y otra...

Varias veces.

Hasta que murió.

Me incorporé agotado, pero muy seguro de mí mismo.

“Jimena”, pensé.

Corrí hasta su cuarto. Encendí la luz y la vi dormida en su cama, boca abajo.

“Nos vamos”, le dije sacudiéndola para que se despierte.

Se dio vuelta.

Me miró.

La miré.

El moretón había desaparecido del ojo. Había desaparecido.

A un lado, en la mesita de luz, la foto de un nuevo muchacho.

Entonces me di cuenta cuán cortas eran las patas de la mentira.

FIN